


## Post mortem: la música y la muerte

LIC. RAFAEL BLÁSQUEZ ORTÍZ



**M**orir, tremenda cosa! Esta frase con la que inicia el recitativo de la emblemática aria de Don Carlo en la ópera “La Forza del Destino” representa en mucho un punto de partida para entender lo que le ha llevado al género humano tratar de descifrar el significado de la muerte o bien el término de la vida. Y es que ante la falta de evidencia, es decir, que se conozca que algún ser humano (mortal) haya regresado con testimonio preciso y cierto sobre lo que le ha sucedido en el más allá, no nos ha quedado más opción que entrar en la zona del miedo, del temor, del Sheol (como lo define la etimología hebrea), del valle de las sombras. ¿Acaso el rey David en su Salmo 23 se refería a este miedo cuando dice: Aunque ande en valle de sombra y de muerte, no temeré mal alguno porque tú estarás conmigo? Por todo esto el hombre crea, con la mejor voluntad de no extinguirse, otros mundos (Post umbra).

A partir del cristianismo, en la creación musical han emergido las grandes súplicas y pensamientos: Sálvame fuente de piedad, libérame de la muerte eterna, dales el descanso eterno, que la luz perpetua los ilumine, todos los cuerpos van a ti, pensamientos que integran en sí mismos el paradigma de la muerte y han provocado la creación artística de los genios musicales en la historia moderna; verdaderos monumentos representan y cimentan cada una de las épocas en la evolución de los estilos de la música, que han ido transcurriendo de manera pasmosa, pero el miedo sigue ahí como leitmotiv y fuente de provocación.

En cada época desde el medioevo hasta la actualidad la producción musical ha dependido en gran manera de la integración de las estructuras políticas y sociales, de tal modo que las instituciones rectoras de la música así como estas formas de gobierno han influido y dictado los aspectos que actualmente definen al tema de la muerte en la música. Por ejemplo en el período barroco, que se da desde 1600 hasta la muerte de Johan Sebastian Bach, destaca el apego irrestricto al texto bíblico y a la misión redentora de Cristo en su paso por la tierra. En este sentido, Handel y Bach se convierten en grandes figuras que con “El Mesías” y la “Misa en Si menor” respectivamente, hacen de esta época un ciclo vital en la historia de la música sacra.

El período clásico (1750-1820) queda enmarcado por figuras como Wolfgang Amadeus Mozart y Joseph Haydn, quienes se distinguen por la influencia de la institución de la iglesia católica así como por las escuelas alemana e italiana, en las que Mozart juega un papel unificador y genera el sello estilístico que daría pie a emblemáticas obras como “La gran misa en Do menor” y el “Requiem K 626”, su obra cumbre en este género. En ella el genio de Salzburgo explota y redimensiona musicalmente el tema de la muerte y deja la plataforma para sus sucesores en el período romántico.

Autores como Ludwig van Beethoven y Richard Wagner continuaron esta evolución musical, quizá ya no provocados tanto por el miedo sino por la mejor voluntad de no extinguirse y crear un mundo más allá, un mundo donde todos podamos ser hermanos como lo narra Schiller en su texto conocido como "Oda a la alegría" que Beethoven utilizó en su "9ª Sinfonía". En esta dirección Wagner creó un Olimpo en su "logía", una tierra donde sólo los dioses pueden vivir, El Valhalla. En él la vida una atribución de los dioses y el castigo mortal es convertirse en humanos, sucede a Brunhilda en la ópera "La Valquiria". Richard Wagner en todos los sentidos se convierte en el antes y después en la historia musical por lo que en períodos posteriores como en el impresionismo y expresionismo sólo son destacables piezas que retoman la misma temática del clásico, ejemplo de ello es el impresionista Gabriel Faure (1845-1924) en su famoso "Réquiem en Re menor", Op. 48.

Es en nuestros tiempos cuando el compositor británico Benjamin Britten (1913-1976) dedica al tema de la muerte cruenta, y producto de la guerra, una de sus obras más representativas y que realizara para la reconsagración de la Catedral de Coventry el 30 de mayo de 1962 luego de que ésta fuera destruida durante la Segunda Guerra Mundial: el "Réquiem de Guerra", Op. 66 (título original: War Requiem), en esta obra el poeta británico Wilfred Owen (1893 -1918) y Britten rinden un homenaje a todos los muertos en la guerra, la poesía que se desprende de esta obra es desgarradora, el solo inicial del tenor canta lo siguiente:

¿Qué fúnebres tañidos se ofrendan para estos que mueren como ganado? Sólo la ira monstruosa de los cañones y el rápido tartamudeo de los rifles pueden escupir una apresurada plegaria.

No hay para ellos remedos de oraciones, campanas o voces de lamento. Sólo los coros estridentes y demenciales de las pululantes bombas...y los clarines, llamándolos desde sus oscuros cuarteles.

Muy acorde a esta temática trágica, en la ópera sucede algo parecido, a la muerte ya no se le desafía como en el "Orfeo" de Monteverdi, (considerada por muchos la primera ópera), por el contrario, la muerte viene a ser el hilo conductor de la tragedia, el gran final que sobreviene con la muerte del protagonista; reyes, reinas, personajes de la vida cotidiana, cortesanas, poetas nos recuerdan nuestro destino y entre tanto no lleguemos a definir el gran misterio y significado de la muerte, que siga siendo la música el bálsamo purificador y catalizador de nuestro espíritu, de nuestra conciencia, que sea esta la que armonice el gran final, la caída del telón de la vida, la doble barra eterna.